



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Para una historia social y cultural de las guerras del siglo XIX en el Río de la Plata.

Comentario a Mario Etchechury Barrera, “La devastación ‘como cálculo y sistema’. Violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840-1843)”

Jorge Gelman

El trabajo que me invitaron a comentar de Mario Etchechury indaga sobre las formas de hacer la guerra en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX. Se trata de un trabajo inteligente y de gran riqueza, que se instala en el corazón de una producción creciente sobre un tema que es central para comprender la historia del período. En este trabajo la guerra no es sólo una parte más o menos anecdótica y dramática de una historia que tiene sus fundamentos en otros lados, sino que es un fenómeno social, económico, político y cultural en sí mismo que define como pocos los derroteros de una sociedad como la analizada.

En efecto la guerra caracteriza a un muy largo período de tiempo de la historia que sigue a la crisis del orden colonial en el Río de la Plata (y en casi toda América) y no es casual que algunas obras y sus autores que comprendieron la centralidad del fenómeno se hayan convertido en clásicos como *Revolución y Guerra* de Halperín.

Aquí se aborda entonces un aspecto de las problemáticas que genera la guerra o cierto tipo de guerra, como la ‘guerra a muerte’ o ‘la devastación como sistema’ que se forja o más bien se sistematiza en el espacio analizado durante un período que transcurre entre finales de la década de 1830 y los primeros años de la década siguiente. Este ‘sistema’ va a caracterizar el tipo de guerra que llevan a cabo los ejércitos rosistas en el territorio de la Confederación Argentina a inicios de los 40’ y en el Uruguay, pero sus características exceden a estos ejércitos y terminan implicando a todos los que participan de una u otra manera en la conflagración.

En estas guerras, como narra Etchechury siguiendo muy de cerca a diversos testimonios de época como el Diario de Marcha de un alto oficial que acompañó al general Oribe en la conducción de las mismas, se dejaron de lado cualesquier consideraciones del derecho de gentes que regulaban la conducta en la batalla y especialmente luego de las mismas,

generando prácticas de terror colectivo e indiscriminado, violaciones sistemáticas, expropiaciones y robos, degüellos masivos de oficiales y muchas veces de soldados y de poblaciones que aparecían pasivas o cómplices del enemigo, etc. A partir de esta constatación, el trabajo busca indagar cómo se llegó a esta situación y cuál fue su significado para comprender el proceso político y social del período, así como la incidencia de estas prácticas en la historia que sigue.

Lo primero que es necesario señalar es que este tipo de prácticas, que quedaron en la memoria histórica como signo de época y especialmente del rosismo, son más bien características de un período específico del mismo y parecen haber abarcado a casi todos los actores en pugna, no solamente a los que militaban en el bando rosista. A la vez es verdad que si bien no son prácticas exclusivas de esta etapa, sino que las podemos observar en diversos momentos antes o después del período aquí abordado, parece ser en éste en el que se convierten en 'sistema', como bien advierte el título del texto comentado.

Aunque los estudios de la guerra en el sentido del que aquí aborda Etchechury no abundan, los realizados por Alejandro Rabinovich o Raúl Fradkin, por citar algunos de los más sistemáticos e inteligentes, si bien muestran el desarrollo de prácticas puntuales de exterminio, terror o de tierra arrasada, como los desplegados por ejemplo por el Ejército de Observación en tierra santafecina, también muestran la existencia de prácticas que expresan ciertos valores construidos en el largo plazo de cómo hacer la guerra y cómo tratar al enemigo vencido.

Por dar un ejemplo conocido, aún en pleno 1840, cuando se están desatando los furores que informan el clima de la guerra a muerte aquí analizado por Etchechury, el eterno y temible enemigo de Rosas, el general Paz, habiendo obtenido el estatus de tener a la ciudad de Buenos Aires como prisión, consigue por lo mismo escapar para continuar la guerra contra su ex-carcelero. O en el año previo, cuando se produce el levantamiento de los Libres del Sur, a pesar de la dureza de los enfrentamientos y de que varias cabezas serán cortadas y expuestas en picas en las plazas de algunos pueblos sublevados contra Rosas, se pueden observar todavía ciertas reglas, ciertas consideraciones con los prisioneros y con sus familias. Y aun cuando se decide el embargo masivo de sus bienes, los mismos son puntillosamente anotados por los funcionarios encargados, porque no se trata de una apropiación pura y simple. Y, como se sabe, una parte de los mismos fueron devueltos a sus antiguos propietarios en años posteriores. Si vamos más atrás esto es todavía más claro. Así por ejemplo, la no naturalización de esa guerra a muerte permite entender entre otros casos por qué el fusilamiento de Dorrego en manos de Lavalle generó las reacciones que llevaron a su posterior derrota.

¿Qué es entonces lo que cambia por los años analizados en este texto, para que los ejércitos comandados por Oribe lleven la guerra a muerte por el territorio de la Confederación y que sus adversarios respondan de la misma manera?

En buena medida el texto de Etchechury apunta a explicar esto, aunque me parece que todavía falta bastante para analizar y responder a todas las preguntas que aquí se abren inteligentemente.

La radicalidad del enfrentamiento y la construcción del enemigo como un 'otro' abominable, bárbaro, ajeno, son temas centrales que se abordan, pero que requieren mayor indagación. Si

no comprendemos esto en todas sus dimensiones es imposible explicar el grado de violencia que se ejerce sobre ese otro. Esa violencia pudo estar naturalizada para los rioplatenses en relación a 'otros' contruidos históricamente, pero no en relación a quienes han sido hasta recién sus 'iguales' enfrentados por razones políticas. Por dar algún ejemplo, a Rosas o a sus seguidores no se les plantea ningún problema de orden moral cuando al realizar la llamada 'campana al desierto' de 1833 el líder ordena a sus oficiales que pasen por las armas a todos los indios de guerra tomados prisioneros. Así en el Diario de Marchas de la expedición redactado por el coronel Juan Antonio Garretón (para usar una fuente similar a la utilizada en este texto por Etchechury) cuando se narra el final del enfrentamiento con el cacique Chocorí se explica como esos indios rebeldes son 'concluidos' luego de derrotados¹. En una carta de Rosas al coronel Pedro Ramos explica incluso el mecanismo que se utiliza para terminar con esos indios de guerra prisioneros, de manera de no sentir lástima para matarlos cuando ya no están planteando ningún peligro:

"lo que debe V. hacer es luego que ya enteramente no los necesite para tomarles declaraciones puede hacer al marchar un dia quedar atrás una guardia bien instruido el jefe encargado que me parece puede ser para esto bueno Valle, quien luego que ya no haya nadie en el campamento los puede ladear al monte y allí fusilarlos. Digo esto así porque después de prisioneros y rendidos da lástima matar hombres... más como no hay donde tenerlos seguro más vale que mueran y no exponerse a que se vayan y causen algún mal."²

Como se ve tampoco era tan sencillo fusilar a los indios, quienes pese a todo son considerados 'hombres', aun siendo sujetos contruidos como enemigos bárbaros en una historia plurisecular. Mucho más difícil es comprender cómo se podía hacer eso con pobladores criollos, en gran medida miembros de las elites y a veces incluso emparentados con los propios verdugos del momento.

Como estudió la historiografía una de las herramientas más poderosas del régimen de Rosas para consolidar su gobierno fue la construcción del enemigo circunstancial como un otro ajeno a la comunidad, alguien que debía ser excluido del cuerpo político, extranjero o aliado del extranjero, alienado y al que se podía cargar con todos los atributos negativos que la cultura católica aplica al otro, hereje, impío, un Judas traidor, judío...³

Sin embargo aún esta labor 'pedagógica' continuada no lograba romper con ciertas prácticas y derechos.

Me parece que lo que este trabajo pone en evidencia es que en cierto momento y con la acumulación de ciertas experiencias, este discurso se encarna en un conjunto de actores que internalizan al otro como un enemigo alienado, que por lo tanto carece de todo tipo de

¹ Publicado en Escritos, comunicaciones y discursos del coronel Juan Antonio Garretón, compilado por Adolfo Garretón, Ed. Araujo, Buenos Aires, 1964.

² Carta del 2/9/1833, publicada en Antonio Dellepiane, El testamento de Rosas, Ed. Oberón, Buenos Aires, 1957, pg. 110.

³ Si bien estos temas aparecen en una muy larga bibliografía, fueron tratado sistemáticamente en J. Myers, Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista, Unqui, Buenos Aires, 1995.

consideración y derechos. Y ello se va produciendo al calor de algunos episodios de enfrentamiento radical que implican a actores que hasta entonces parecían fieles defensores del rosismo y del sistema federal y de repente se convierten en enemigos que estaban hasta entonces agazapados. Así la 'conspiración de Maza' en 1838 me parece un momento crucial que debe ser indagado en este sentido, por el lugar que el coronel ocupaba en el entramado militar del rosismo y sobre todo la supuesta complicidad de su padre, nada menos que el jefe de la legislatura rosista. Al año siguiente la rebelión de los Libres del Sur es encabezada por estancieros y funcionarios del estado rosista quienes son designados como 'tigres disfrazados de ovejas', y al fin la invasión de Lavalle de 1840 que también deja en evidencia la existencia de un núcleo de enemigos del gobierno que no esperaba, ante los cuales desata la más cruel de las represiones, proclamando el fusilamiento sin miramiento de los jefes y oficiales y apenas perdonando a los subalternos y sectores populares que 'han sido engañados' por aquéllos.

Sin embargo y aun así, hay ciertos límites en la represión y en los archivos encontramos, como ya dijimos antes, decenas de notas dirigidas a las autoridades pidiendo clemencia por fulano de tal que es un buen federal que se dejó engañar, o pidiendo merced por la viuda de otro, para que no se le embarguen los bienes para su supervivencia y la de sus hijos menores, o se fraguan papeles falsos con complicidad de algunos líderes federales locales para que no se embarguen algunos bienes, etc.

Algo distinto parece suceder con los ejércitos analizados por Etchechury quien aporta un elemento suplementario para explicarlo: la externalidad de los oficiales (y en buena medida de los soldados) que comandan los ejércitos que llevan la guerra a muerte sobre el territorio de la Confederación. Es decir que se trata en gran parte de ejércitos que vienen de otros lugares los encargados de llevar a cabo la tarea de represión de los rebeldes y 'locos unitarios'.

No parece casualidad que Rosas haya elegido al oriental Oribe y su oficialidad para comandar estos ejércitos, como no lo debe ser el que Mitre haya hecho otro tanto años más tarde con Venancio Flores, etc., como nos explica el autor. No es casual tampoco que cuando, pasado el fragor de la batalla que permite imponer la subordinación de todo el territorio y sean jefes locales los encargados de restablecer el orden y un sistema político duradero en las provincias, dicha radicalidad sea dejada en parte de lado, como sucedió con Celedonio Gutierrez, instalado en la gobernación de Tucumán luego de la 'pacificación' oribista.

Como puede verse trata de un abanico de temas centrales que permiten entender no sólo cómo se llegó a estos extremos de guerra a muerte o de devastación, sino que abren también un conjunto de interrogantes sobre el devenir de una sociedad que sin duda debe haber sido marcada a fuego por tales extremos. En este sentido me parece que una historia social y cultural de la guerra es un territorio todavía muy amplio y promisorio para la historiografía americana y rioplatense, en la que este texto de Mario Etchechury, junto a otros pocos todavía, se instala sólidamente.